

Villaverde Rico, M^a J. (2025): *Rousseau visto por sus contemporáneos: odio e idolatría*. Guillermo Escolar Editor, Madrid, 223p.

Ricardo Hurtado Simó
Universidad de Sevilla ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/resf.104656>

Recibido: 31/08/2025 • Aceptado: 02/02/2026 • Publicado en línea: 18/02/2026

Tras el excelente *Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo* (Guillermo Escolar Editor, 2022), María José Villaverde Rico, catedrática de Ciencia Política de la Universidad Complutense de Madrid, publica *Rousseau visto por sus contemporáneos: odio e idolatría*, un detallado estudio sobre el impacto que la vida y la obra del pensador ginebrino tuvieron en la sociedad de su tiempo. Exhibiendo un excelso conocimiento sobre el filósofo, la autora, que ya redactó *Rousseau y el pensamiento de las Luces* (Tecnos, 1987), madura muchas de las ideas allí presentes, mostrando la irrupción mediática del autor de *El contrato social* desde que llega a París en 1741 hasta su fallecimiento repentino en 1778. Con un estilo directo y ameno, provocando que la lectura sea ágil y envolvente, el lector se sumerge dentro del movimiento ilustrado, conociendo las filias y fobias generadas por un pensador que, ya en su tiempo, conoció las mieles y las hieles de la fama, pues la línea entre la admiración y el rechazo es muy fina, y más aún tratándose de una figura de personalidad tan particular como la de Rousseau.

El primer capítulo muestra el tremendo impacto que tuvo en París; ataviado con su célebre gorro armenio, el éxito del *Discurso sobre las ciencias y las artes* y *La Nouvelle Héloïse*, novela sentimental que le granjeó un renombre inigualable e innumerables reediciones, hicieron que se generase en torno a su figura un aura que lo acompañaba allí donde iba, algo así como un líder espiritual, un ídolo de masas reconocido tanto por los doctos como por el vulgo ajeno a sus textos. Tal fue su impronta que la reina María Antonieta visitó su tumba y, durante el proceso revolucionario, buena parte del bando jacobino, con Robespierre y Marat a la cabeza, lo encumbraron como un hombre sensible y cercano al pueblo, en contraposición con el elitismo racionalista de los *philosophes*, que fueron defenestrados en pleno esplendor del Terror.

El capítulo central y más extenso, «La biografía sí importa», se detiene en los enfrentamientos más destacados de Rousseau con muchos de sus colegas. Las envidias, los malentendidos y las suspicacias enmarañan las relaciones del filósofo, con el agravante de su extravagante psicología, con una evidente tendencia hacia la manía persecutoria y la recurrente idea de ser víctima de un complot orquestado por muchos de quienes antes fueron sus amigos. Esta combinación es detallada por Villaverde Rico en su trato con Denis Diderot, incidiendo en que “en buena medida el «sistema» rousseauiano se construyó contra él, contra su materialismo y su ateísmo.” (p. 33) En este sentido, se observan las contradicciones del ginebrino que, a la par que defendía una forma de vida alejada del lujo y próxima a la naturaleza, acusando a Diderot y a Friedrich Melchior Grimm (al que consideraba el principal conspirador), entre otros, de entregarse a la fama y a la adulación a los poderosos, siempre tuvo protectores que le garantizaron cierta calidad de vida en sus momentos más difíciles. En 1758, Rousseau rompería definitivamente sus lazos con el gran impulsor de la *Encyclopédie* al publicar *Lettre a d’Alembert*, una dura crítica del artículo «Genève», perteneciente al tomo VII.

La delgada línea entre el amor y el odio se evidencia en su trato con Voltaire, auténtico Patriarca de los *philosophes*, ejemplificado por su fracaso al intentar gozar del respaldo de una autoridad intelectual de la talla del autor de *Cándido*. Realmente, ambos representaban dos modelos diametralmente distintos; el de Voltaire, marcado por el ansia de reconocimiento, la simpatía hacia los déspotas, el anticlericalismo y el disfrute de los placeres materiales. Por el contrario, el de Rousseau es el de un hombre que se vuelve hacia la naturaleza y la vida rural tras saborear la gloria social, que pretende pasar desapercibido y censura el progreso, causante de la corrupción de la moral y las costumbres. Dos hechos evidencian sus visiones

opuestas. El primero está en el mencionado primer *Discurso*, y en el posterior *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, que contienen una antropología que mira hacia la simplicidad como forma de recuperar la virtud perdida y la defensa del hombre en el estado de naturaleza. El segundo, con ocasión del terremoto de Lisboa de 1755, que conduce a Voltaire a dudar de la existencia de un Dios providente, y a Rousseau a lo contrario, a reforzar la visión de una ser necesario pero ajeno a las particularidades humanas. Las enemistades con filósofos coetáneos no acaban ahí.

Elaborando un diálogo con especialistas en la materia como Judith Shklar, Jean Starobinski o Antoine Lilti, Villaverde Rico recuerda su ruptura con David Hume, con un fallido viaje del ginebrino a tierras inglesas, que concluye con la acusación de un complot liderado por aquel, en colaboración con d'Alembert, o su enemistad hacia d'Holbach, motivada por criticar su relación con Thérèse Levasseur, una mujer semianalfabeta con quien tuvo cinco hijos. La obra que reseñamos tiene la capacidad de iluminar al lector en las causas de los constantes enfrentamientos de Rousseau remitiéndonos a sus raíces, las de un plebeyo que conoció la dureza de la vida y fue educado en un protestantismo que, a pesar de su heterodoxia, consideraba ineludible la existencia de un Dios omnipotente.

En el capítulo 3, la obra se detiene en uno de los elementos más desconocidos del Siglo de las Luces, el grupo de los *antiphilosophes*, un colectivo diverso de intelectuales, religiosos y escritores enemigos del enciclopedismo y de todo lo que la “nueva filosofía” representaba. En un primer momento, una vez más, recurriendo a una nutrida bibliografía, mucha de ella prácticamente desconocida en nuestra lengua, la autora expone las líneas maestras de dicho movimiento, mostrando sus vínculos con los comienzos del fascismo. Su objetivo es claro, poner de relieve cómo la contrailustración asumió un papel activo de dique frente a una serie de ideas que, penetrando en todos los sectores de la Francia del siglo XVIII, suponían un riesgo para el *statu quo* político, social y religioso, y que tuvieron continuidad en tiempos posteriores. Si buena parte de la obra de Rousseau puede interpretarse como una respuesta contra el materialismo y el ateísmo de la *coterie holbachique*, los *antiphilosophes* elaboraron su relato desde el miedo al derrocamiento de la monarquía y la religión (p. 141). Como puede verse, las similitudes entre Rousseau y los adversarios de los *philosophes* son evidentes. Y esto es lo que plantea, tanto en este capítulo como en el precedente, Villaverde Rico. ¿Podemos clasificar a Rousseau como filósofo antiilustrado? ¿Es adecuada la visión que, tanto en su época como ahora, sostiene que su alejamiento de los *philosophes* fue parejo de un acercamiento a sus enemigos más acérrimos? ¿Puede ser considerado un disidente del enciclopedismo o, simplemente, sus conexiones intelectuales con el movimiento fueron testimoniales? Todas estas preguntas recorren el libro, permitiendo contemplar las contradicciones y ambigüedades no solo del autor de *Emilio*, o *De la educación*, sino también de la propia Ilustración. Y es en este contexto donde emergen los *antiphilosophes* que, con prontitud, identifican en textos como *La profesión de fe del vicario saboyano* y *La Nueva Eloísa* munición para atacar a quienes, desde el utilitarismo, abogan por separar la moral de la religión y cuestionan las normas y tradiciones religiosas siguiendo el frío racionalismo. Emergen nombres como los de Fréron y Palissot. El primero, crítico literario y fundador de *Année littéraire*, promulgaba una vuelta al estilo y temáticas del siglo XVII, tanto filosóficas como literarias, y poco a poco, fue mostrándose tremendamente reacio a la filosofía de la Ilustración porque menoscababa los cimientos religiosos y políticos de Francia. El segundo fue reconocido y alabado por los sectores más reaccionarios, sobre todo, a raíz de la publicación de dos comedias satíricas. En *Originales*, destinada a ridiculizar al círculo de impulsores de la *Encyclopédie*, Jean Jacques Rousseau aparece bajo el grotesco nombre de Blas Nicodemo “el Cosmopolita”, que siempre que interviene recurre a paradojas y afirmaciones controvertidas para llamar la atención de sus interlocutores y sostiene que las ciencias y las artes están alejando a los hombres de la felicidad y la igualdad natural, caricaturizando los *Discursos*. La fama y el rédito económico le llegan a Palissot gracias a *Les Philosophes*, comedia en tres actos en la que son representados Diderot, Duclos y Helvétius como Dortidius, Théophrasto y Valère, respectivamente. Los *philosophes* son caricaturizados como sujetos avariciosos, intolerantes y soberbios, movidos por el afán de reconocimiento y dinero. Y Rousseau aparece en una de las escenas favoritas del público cuando el lacayo Crispin dice seguir a un pensador que hace unos años ganó un premio (clara referencia a su *Discurso sobre las ciencias y las artes*, premiado por la Academia de Dijon en 1750) y vive según sus recomendaciones, algo que ejemplifica arrastrándose por el suelo y comiendo crudas unas lechugas.

Las últimas páginas del capítulo 3 y de la Conclusión, retratan a Rousseau como un *outsider*, un filósofo difícil de clasificar, cuyos escritos no pueden desligarse de una personalidad convulsa que, al final de su vida, se acercó a la locura, como atestiguan muchos de los interlocutores que tuvo, tanto partidarios como detractores. Al respecto, la lectura de *Rousseau visto por sus contemporáneos* nos convence de la necesidad de profundizar en la obra del ginebrino yendo más allá de sus textos más reconocidos, esto es, si pretendemos comprender el porqué de muchas de sus afirmaciones y de sus decisiones vitales más controvertidas, es preciso que nos acerquemos a su escritos autobiográficos, los *Diálogos*, *Las confesiones* y *Las meditaciones del paseante solitario*. Sobre algunos de los temas en los que el distanciamiento con los *philosophes* es más claro, por su actualidad, consideramos oportuno detenernos en su misoginia. Contrario a las ideas proto-feministas que proliferaron en su tiempo, como las contenidas

en *Cartas de una peruana* de Madame de Graffigny, y crítico con aquellos salones filosóficos y literarios liderados por mujeres, abogaba por una finalidad biológica en el sexo femenino, destinado al matrimonio y la maternidad. Esta posición dista mucho de aquella que promueve la instrucción de la mujer como pilar para lograr su autonomía y acabar con la desigualdad, una desigualdad basada no en una naturaleza férrea e indiscutible sino en una cultura hecha por y para hombres, como defenderá, por ejemplo, Nicolás de Condorcet, perseguido por los jacobinos, seguidores del ginebrino, que pronto cortaron las alas a las *salonnières*. Con planteamientos así, la visión de Rousseau como un adalid de la igualdad y la libertad se desmorona.

Rousseau visto por sus contemporáneos trasciende los límites de quien le da título, para convertirse en un retrato coral de aquellos que construyeron la Ilustración desde el intercambio de ideas y el convencimiento de estar en la antesala de un mundo nuevo. A través de la figura de Rousseau, discurren muchos de los grandes nombres que marcaron la filosofía francesa y británica del siglo XVIII, estableciéndose entre aquel y estos un debate en ocasiones encarnizado que se llevó al terreno de las antipatías individuales. Los combates entre dos bandos difíciles de reconciliar, con un Rousseau incómodo para ambos que acaba siendo rechazado por los *philosophes* y denunciado por los *antiphilosophes*, son un aviso a navegantes, una señal que exhibe la pertinencia del proyecto ilustrado.

María José Villaverde Rico lleva a cabo una apología de los valores contenidos en la *Encyclopédie*, un ideal emancipador y racional dirigido a superar el prejuicio y la tradición. Enfrente, el sentimentalismo rousseauiano, su defensa de la identidad y la religión nacionales fueron la semilla de movimientos excluyentes que marcaron buena parte del pasado y ahora reverdecen. Por este motivo, podemos decir que, a través de la mirada de Rousseau y de quienes lo trataron, esta lectura nos conduce al rechazo de nuevas formas de contrailustración. Adentrarnos en la obra del ginebrino supone rastrear en los cimientos de un combate ideológico que goza de plena vigencia. Respecto al lugar de Jean-Jacques Rousseau en el complejo e intenso panorama intelectual de su tiempo, la autora afirma lo siguiente: "A mi juicio, la obra de Rousseau se erige sobre una cosmología, una metafísica y una filosofía moral marcadamente diferentes a las de los *philosophes*." (p. 33). No obstante, dejamos para el lector la decisión personal de dónde ubicarlo, y juzgar cuál fue su rol dentro del enciclopedismo.